

Capítulo 1.

Algo inundaba mi mente, como si un haz de luz viniese de la nada, venía y se iba en ráfagas. Una descarga de pensamientos múltiples entraban a mi consciencia, salían y volvían a regresar, eso era casi todos los días, desde que tengo memoria, tal vez a muy temprana edad me pasaba lo mismo. No puedo describirlo ni esquematizarlo, una definición es una delimitación, los humanos solemos hacerlas todo el tiempo para explicar todo lo que conocemos. Así nació el lenguaje, así nació la comunicación. Pero esto ocurría solo en mi mente, mi imaginación podría ser un velero navegando en el espacio y en cualquier destello convertirse en un dragón medieval surcando los vientos, no había concordancia en ello, pero al parecer todo terminaba concordando en mi pensamiento. Nunca he presenciado una lluvia de estrellas, ni siquiera una aurora boreal, pero si me dijeran que lo describiera en un sentido figurado, sería como millones de partículas de polvo cósmico penetrando una atmósfera, algunas se deshacen, otras prevalecen, pero se parecían a mis pensamientos y a la forma en la que mi mente actuaba. La migración de una de las especies más hermosas de la tierra “Las medusas” cuando todas ellas se movilizan en los océanos, se convierte en un gran espectáculo pero a la vez algo tan peligroso, que sería difícil entrar y presenciarlo. Podrías incluso morir en el intento, en un roce con esos filamentos que guardan en sus tentáculos. Tan bello, tan peligroso, pero se parece un poco a los múltiples pensamientos que no pueden ser controlados, a las mentes que no pueden ser calladas.

Mi infancia pareció ser normal, a descripción de los que me rodean, debo admitir que preferí siempre jugar solo, estar ahí con mis juguetes y crear un sinfín de historias que no tuvieran congruencia alguna, llevando al borde aquella migración de medusas del pensamiento. Siempre fue difícil establecer contacto con las personas que me rodeaban, un amigo y era lo suficiente para sentirme en la sociedad. Mis sentimientos eran como una caja de pandora que no podía dejar que los demás la viesan, tenía que guardarla y solo yo podía verla. Era el único cómplice de mis tristezas y más grandes felicidades. Las noches para dormir siempre fueron una pesadilla, era cuando mi mente más trabajaba, aunque mi cuerpo estuviese fatigado y sin poder moverse, mi mente parecía una explosión de una supernova. A veces me preguntaba porque elegía ese momento del día, para ponerse así, muchas veces me hizo temer, me hizo

atemorizarme, cualquier sombra en el cuarto se convertía en un monstruo posiblemente con más de una cabeza. Esto me provocaba ser un cobarde y “miedoso” a palabras de mi padre, durante casi toda mi infancia. Pero nadie nunca me preguntó qué era lo que pasaba por mi mente. Aunque no estaba seguro si yo hubiese podido responder a esa pregunta en esos momentos.

Me interesaba todo tipo de enciclopedias, eran mis libros favoritos, inexplicablemente me gustaba mucho leer acerca de los animales, aunque todos me miraran raro al ver que un niño de 7 años se interesara por ello. Una curiosidad que tampoco podría describir me poseía, y de repente ya estaba aprendiendo que los escarabajos rinocerontes pueden cargar más de 20 veces su propio peso, recuerdo tener una escapatoria al mundo, al menos así recuerdo que mi mente lo percibía, cuando visitaba la casa de mi abuela, me plantaba en el televisor en el canal de Animal Planet, podría estar ahí todo el día, viendo las grandes migraciones, los comportamientos de los grandes felinos, pero ahora que lo pienso era una gran salida a toda esa lluvia de pensamientos, o más bien, como se alimentaba esa gran marea en Luna llena. Como lograba combatir esa central eléctrica que nunca cesaba de funcionar, aprendiendo algo nuevo, alimentándola.

La descripción que pasó de palabras de mis maestras a mi madre, siempre fue: su hijo es muy maduro para su edad. Sin mayor explicación alguna, eso fue en casi todos los grados de primaria, aunque no comprendo que tiene que ver la madurez, con una mente que parece que va a explotar. Creo que era parte de la apreciación que ellas podían hacer, no me costó mucho tiempo el aprender a leer y a hacer todo tipo de operaciones matemáticas, aunque a decir verdad no son mis favoritas. El llorar en silencio y sin que nadie me viera se convirtió en algo rutinario durante mi infancia, pero también había otra acción que puedo recordar claramente. El quedarme callado. El callar, me pasaba todo el tiempo, la bifurcación que se hacía de ideas en las tuberías de mi mente, nunca sabían cómo salir, se concentraban todas en el mismo lugar de salida y parecía que se atascaban, dándome una ruborización y una sensación física de vergüenza. Mis labios solían temblar al son de mis ideas, entonces se darán cuenta que era de una forma tan rápida, parecido al aleteo de un colibrí.

Me es difícil explicar esa sensación del saber algo, de tener el conocimiento pero no querer hacer sentir mal a quien no lo sabe, de que me bombardeara de nuevo como Ametralladoras

en la batalla del Somme y al final mejor quedarme callado, muchas veces sucedió eso; prefería callar, no sé si porque me ganaba esos influjos físicos que no me permitían hablar o porque no sabía controlar aquel procesador que parecía exceder su memoria Ram, y en vez de lograr una conexión buena se chispeaba al dejar salir ese influjo de información. Pero fue mejor permanecer así, el ego de las personas a veces es tan grande que nunca aceptarían el conocimiento de un niño que posiblemente aún no sabía limpiarse solo, al ir al baño. Desde esa edad me puse a reflexionar sobre las barreras de la soberbia y puedo decir que puede ser apreciada dentro de la mirada de una persona, esa sensación de sentirse débil, de sentirse menos, de menospreciarse a sí mismo, es lo que caracteriza la soberbia. Eleva en los más grandes pedestales, pero nunca de una forma segura. Por eso preferí callar, todas esas veces, porque ni yo tenía explicación de aquella sofisticada red de conexiones que parecían engranar, como una coordinación de nado sincronizado.

Pero cuando algo parece engranar tan bien, es cuando más presenta disturbios, si el ser humano ha intentado localizar las partículas subatómicas no ha sido en vano. Esa explosión en Hiroshima y Nagasaki, nunca va a ser olvidada y a pesar de que a esa edad no sabía mucho de ello, puedo decir que la explosión no fue lo material, no fue el daño físico, la tierra reparará eso dentro de miles de años. Sino la explosión en las mentes de los científicos, la explosión de ideas que tuvieron al realizar dicha operación. Una crisis del pensamiento, cuando la mente rafaguea los cuerpos débiles y las voluntades atenuadas, Cuando una lluvia de meteoritos no es detenida por la atmósfera, cuando los arrecifes pierden sus corales y cuando el mundo de las ideas nos ha gobernado.

Pero no es tanto el problema de las ideas, sino de lo que hacemos con ellas, esto muchas veces me llevó a entrar en una crisis del pensamiento, como aquella crisis del arte que tenemos hoy en día. Que pasaría cuando los animales y aquellas enciclopedias ya no pudieran controlar a mi mente. Que pasaría cuando creciera, todo esto volvía entrar en un alcantarillado estrecho que no permitía un flujo adecuado, como en los rápidos de un río, es peligroso las rocas que sobresalen del él, son peligrosos los pensamientos más afilados aquellos que incitan a doblegar a nuestra voluntad, aquellos que penetran al interior de la consciencia y la dominan.

Me conmovía mucho ver como la maternidad de una hembra de pulpo, realiza un acto de sacrificio para poder tener sus huevecillos, para poder darles vida a esos pequeños pólipos, tiene que sacrificarse, un acto de abnegación, que me sacaba las lágrimas con tan solo 9 años. Eso me recordaba que mi madre era una persona que más intentaba comprenderme, se acercaba a mi lentamente cuando me veía llorar, para consolarme, pero ni siquiera ella pudo saber lo que pasaba por mi pensamiento. No podía entenderlo, recuerdo alguna vez que visitamos una biblioteca, me puse a llorar al ver a un niño que no tenía una silla de ruedas y la necesitaba. La hice que fuera a preguntar, ella se conmovió al verme llorando por él, pero esto si puedo explicarlo y es que de alguna forma podía o intentaba sufrir con él, intentaba personalizar su dolor, eso es alguna de las cosas que hacia mi mente, quería quitarle un poco de su sufrimiento para que fuera menos. Preocupaciones, como balazos perforaban mi piel, si él estaba sufriendo en este momento, si él podría adquirir una silla de ruedas y seguía llorando... en mi cuarto, a solas.

Poco tiempo después me resigné creo que había superado esa fase de sentir el dolor ajeno, pero era un tanto subjetivo ya que a veces regresaba, me preocupaba más el descifrar como actuaba mi mente y como se volvía especial en ciertas ocasiones. Aunque no veía mucho de especial en ello, de que me servía tener un eyector de ideas, sino podía controlar su destino, si no podía otorgarles una forma física al salir, con tan solo conocimiento en animales y biología no podía ayudarme, aunque en esos momentos recordé que el cangrejo herradura dentro de sus ojos posee unas diminutas unidades fundamentales llamadas omatidios y cada omatidio tiene un nervio óptico, esto lo hacía que las células que captaran primero la luz estimulasen a las que tenían alrededor, esto sería como un trabajo en equipo, imaginé que tal vez en mi mente había un conjunto de conexiones que estaban trabajando horas extras, y que tal vez quisieran tomar un descanso. El descanso podría llegar, pero seguía siendo un martirio la hora para ir a dormir, no quería ser catalogado como un cobarde, pero era inexplicable las múltiples formas que me acechaban en la obscuridad, que al encender la luz desaparecían como el caer de un rayo, mi padre intentó dormirme cientos de veces, su pesada mano caía sobre mis párpados, de una forma rítmica que cada vez se volvían más pesados, pero no era sorpresa que al retirarla y cuando comenzaba a alejarse en las sombras del cuarto, mi mente encendía una alerta roja, una alarma por todo el sistema, donde predominaba el miedo pero donde llovían a forma de granizo pensamientos de todo tipo, algunos de ellos como; “estoy

solo podré ser devorado en cualquier momento, algo que se esconde en la obscuridad me está observando, las medusas no son eléctricas sus tentáculos tienen pequeños filamentos que despliegan a grandes velocidades produciendo lo más parecido a una quemadura en la piel”. No me daba cuenta cuando cesaban, o cuando terminaban de insistir en mi corteza, porque me daba mucha felicidad ver que me había despertado al otro día, con un gran esfuerzo por haberme quedado dormido o como me lo imaginaba por intentar apagar un gran incendio, siguiendo el ejemplo de un gran rinoceronte blanco. En esos momentos no se encontraban al borde de la extinción, lo cual si no me hubiera generado una preocupación aún mayor. Mis calificaciones eran muy buenas, pero que va a decir una nota, una secuencia numérica nunca ha definido la capacidad de alguien, bueno desgraciadamente en el sistema que me encontraba sí, eso me favorecía, pero creo que también espantaba a las chicas, y no tengo el recuerdo del momento exacto en que comenzaron a gustarme. A decir verdad no era muy aplicado, solo hacía lo que tenía que hacer, a diferencia de mi compañero Juan sus libretas eran realmente impecables, quien se convirtió en mi mejor amigo de primaria, y que posiblemente también tenía demasiados pensamientos en su mente, no éramos tan diferentes, yo a veces abusaba de mi libre albedrío y como una moda aprendí a decir groserías, era algo nuevo para mí, pero Juan nunca cedió ante esa conspicuencia humana, el odiaba utilizar el lenguaje para ese tipo de expresiones, debí aprenderle eso, ya que a decir verdad ni siquiera yo disfrutaba decirlas. Juntos participamos en la olimpiada del conocimiento, era un especie de examen que se hacía para evaluar los conocimientos de los niños de ciertos grados de primaria, él se mataba en estudiar yo veía las ganas y lo disciplinado que era para estudiar, pero creo que “yo” no le daba tanta importancia, estaba ahí por ser lo que sociedad describía como un nerd, porque me aprendí las zonas geográficas del país y porque domine algunos conocimientos de historia, que ahora que he crecido los he desmentido. Pero eso no era lo que yo necesitaba en esos momentos, necesitaba correr, salir a jugar, ¡Ser comprendido! Lo último tal vez sería lo más difícil de encontrar en mi corta existencia, hablando de existencia, no sabía que las crisis existenciales llegan a esa edad, ¡Alguien me lo hubiera dicho! Y así no hubiera sentido que mi vida se acababa cuando mi primera novia me terminó, al menos fue sincera y me dijo la verdad, me había engañado, esto parecerá gracioso pero nunca le di un beso. Mi mente era capaz de abstraer las diferentes especies de dinosaurios, las enciclopedias que ya comenzaba a leer las de cultura universal, pero eso que llaman como el

amor aún no podía dimensionarlo, entonces sí, posiblemente la razón por la que me terminó fue porque nunca le di un beso, en ese momento quería que me tragara la tierra, el amor que manifiesta una mente ruidosa es muy diferente a quien puede expresarlo físicamente, es tan bello y tan idealizado que es muy poco comprendido, la razón por la que nunca le di un beso, es porque al solo tener su compañía mi mente se llenaba de pensamientos lindos, mi mente podía quedar tranquila por unos momentos y segregar una serie de endorfinas que parecían una anestesia local, si antes era muy frustrante pertenecerle a ese influjo de ideas que se catapultaban por doquier, en esos momentos era revitalizador, simplemente bello, era amor. ¿La mente también puede amar? Eso era muy extraño ya que parece que mi corazón era un órgano secundario en estas situaciones de los sentimientos. Tardé mucho tiempo en superarla, porque debo admitir que ha sido mi primer amor y que nunca olvidaré esos ojos color miel, pero al mal paso darle prisa. Escribiría su nombre, pero he tenido que quemar cientos de cartas en terapia psicológica para superarla. Me era extraño ¿Por qué a un niño de aproximadamente 10 años le ocurría una decepción a ese nivel?, una herida de ese tamaño, lo único que podía responderme es que no era yo, posiblemente era mi mente, que siempre iba un pensamiento más rápido y cada vez que tuviera oportunidad me recitaría su nombre en mi consciencia y me pintaría cuadros de Monet con el color de sus ojos. Recordaba lo difícil que era ser el macho en una pareja de mantis religiosas, la hembra suele decapitarlo después de un proceso de apareamiento, que dura es la naturaleza, me recordaba a lo dura que era mi mente conmigo, tal vez esa predilección de aprendizaje se daba por similitudes de procesos de información, parecía una gran tormenta y los rayos nunca cesaban, alguna vez tuve que ver en algún documental donde explicaban que los rayos producen cierta cantidad de ozono, posiblemente la capa de ozono que conocemos se formó hace miles de años por grandes tormentas en el planeta. Esto me venía a la mente, como un consuelo o será que yo mismo intentaba consolarme, ya que me repetía que las tormentas no eran tan malas, algo se sacaba de bueno dentro de ellas, producían ozono, producían incendios en las grandes sabanas, lo cual podría parecer un caos, pero después de miles de años las cenizas hacían producir esos bastos campos, los volvían fértiles, si... se parecía a una tormenta, pero yo estaba dentro de ella siempre, no era el campo enverdecido, no era el planeta con una atmósfera naciente, era simplemente un humano, un niño, que buscaba respuestas y que intentaba huir de su propia mente, que intentaba correr para que los relámpagos no lo dejaran

sordo, que intentaba huir de esas lluvias torrenciales que logran inundar la conciencia, pero era una lucha imposible, siempre terminaba ganándome. Cuando el sol salía era cuando me mostraba la parte más bella, recuerdos y sueños tan lúcidos se proyectaban uno tras otro, algunos me conmovían y me sacaban algunas lágrimas, los paisajes de las grandes sábanas africanas y los arrecifes de todo el mundo estaban ahí dándome un espectáculo del pensamiento, que no podía compartir, quisiera que alguien hubiera podido presenciarlo conmigo, esos pequeños momentos en los que salía el sol, era un alivio temporal, porque no era para siempre. Parece ser que la forma **en la que se** utiliza la salida del sol, siempre indica un bello acontecer, y más si viene después de una tormenta. Pero era más que claro que a nadie le sale el sol dentro de su mente, pues así decidí imaginarlo, cuando no era torturado por ella.

Regresando al salón de clases, mis primeras exposiciones frente a grupo, con carteles de papel bond, eran todo un teatro, no podía dejar de temblar, pero inexplicablemente cuando apenas y podía pronunciar algo, decía toda la información que era necesaria para explicar el tema, entre tartamudeos y risas, había explicado un tema con algunos datos extras que lo engalanaban (datos sobre animales o alguna tribu extraña). Un día llegó una pérdida de visión tan repentina, que mi madre optó por hacerme una prueba de la visión, sí... la cereza del pastel, regresar al salón de clases con lentes y con un cordel que colgaba de ellos por si se caían que se quedaran en mi cuello, sin tomar en cuenta otros factores como el que inexplicablemente a esa edad nos deformamos un poco, mi cabeza no era muy proporcional a mi cuerpo, no me gustaba el aspecto de mis piernas, y mis pies eran muy grandes (al menos así me veía), creo que con eso rematé mi aspecto o con eso me **puse un sello de bullying** con el cual tuve que cursar la primaria. Fui perseguido por el típico niño que sus padres no le ponen atención, aunque yo tampoco recibía mucha atención, pero era lo suficientemente consciente que no iba andar por ahí golpeando a los niños reclamando la atención de todos y demostrando una superioridad que en la naturaleza se le denominaría como el “macho alfa” aunque en ese momento entendía porque nos relacionaban tanto con los simios, me parece que vi muchos de ellos, algunos gorilas en los recreos, posándose para la atracción de las hembras, intentando humillar a los más débiles, para reafirmar su poder. El miedo me invadía cuando alguno de ellos se acercaba a agredirme con frases como “Te voy a partir tu madre” (mi mente relacionaba aún más a los simios), siempre tuve que agacharme, y ceder aquella

porción de naturaleza que me reclamaba, esa porción conocida como el patio de la escuela, tenía que cederla sino tal vez podría quedar desterrado de aquel ecosistema, y en ese momento no pertenecía a ninguna manada a ninguna jauría, entonces era peligroso pelear, era peligroso contestar algo, ya que tal vez solo Juan se daría cuenta de mi ausencia (y la maestra posiblemente), eso me generó un gran temor a las peleas, prefería evitarlas a toda costa, si alguna vez llegaba a visualizar al niño bravucón a metros de distancia, prefería rodearlo, sacarle la vuelta, para no encontrármelo, era un miedo terrible, profundo, me dominaba, era mi mente otra vez.